

FRANCISCO DE MIRANDA, AVENTURERO LOCUAZ

Por MIGUEL AGUILERA

Pregúntanse los biógrafos de don Francisco de Miranda si algún hado funesto presidía su existencia, que hacía zozobrar, cuantas veces lo intentaba, la nave en que se embarcaba persiguiendo un ideal. No entienden cómo aquella briosa e indomable naturaleza anduviese siempre dándole la espalda a la buena estrella. Pero quienes declaran su rebeldía contra la metódica adversidad, asientan el telar de su raciocinio sobre inexactas apreciaciones del prócer. De éste no querrían seguir hablando sino como de la criatura partícipe de los privilegios de los dioses menores, digna de ser ensalzada por la pluma de Virgilio o de Homero; con lo cual le hacen menudo favor, por cuanto obligan al investigador a buscar la fuente de tanto y tan variado prodigio, y a encontrar con prolijo detalle trivialidades sin fin, indelicadezas a discreción, pequeñeces de todo matiz, y fallas que explican a cabalidad el torcido rumbo de un vivir no estudiado aún con franqueza.

El propósito de mi exposición es más psicológico que histórico, como que tiene por fin sorprender en sus hechos a uno de los hombres de América que más bravamente lucharon por conquistar renombre particular, amparándose en la aspiración de ser cualquier día los emancipadores del mundo hispánico. La narración de sus fracasos no interesa al móvil de mi examen; como que ellos no fueron sino resultado lógico de una individualidad desaforada e impulsiva que marchaba casi siempre a la greña con lo que el sentido común inspira o aconseja.

Mientras el gobierno de Venezuela mantuvo inédito el copioso Archivo del General Miranda, las gentes no sabían de éste sino episodios galantes con emperatrices y damas de la nobleza europea, lances heroicos en los palacios de las cortes reales, derrotas troyanas infligidas a los coraceros de Prusia, inscripciones de su nombre en los arcos de triunfo con letras de oro macizo. Después de la publicación y divulgación del Archivo, la realidad del personaje fabuloso ha tenido que reducirse a las proporciones justas de hombre importante, pero de carne y hueso, sujeto a los quebrantos y contratiempos que afligieron a todos los caudillos de la América Española.

De las capacidades íntimas de don Francisco de Miranda daré una idea fugaz. Como para enfocar su figura desde un punto de vista humano,

ajena a esos comprometimientos a que se someten los héroes por obra de frenética admiración, de apasionado entusiasmo, o de incontenible júbilo patriótico.

Entremos, pues, en materia y comencemos con el dón de su exuberante locuacidad.

Dice el refrán castellano que la mucha conversación es causa de menosprecio; pero se entiende, cuando ella se conduce sin tino ni medida, y entre gentes torpes. Según testimonios de sus contemporáneos, la más sobresaliente calidad propia era la de ser un delicioso platicador. La erudición superficial, muy propia de la época, fue aprovechada por Miranda en forma singularmente espléndida. Agréguese a esta simpática disposición, la poderosa memoria que poseía, y se comprenderá entonces el felicísimo éxito con que se condujo en la milicia, en la sociedad, en los viajes, en las entrevistas con los poderosos del mundo. No era un retórico; ni le hacía falta serlo. Tenía el raro don de la oportunidad. Antes de penetrar a un salón de cortesanos daba una lectura rápida a la historia de la localidad, del país o de la fortaleza inmediata. Grababa en la mente las fechas, los nombres y los parajes, de suerte que al propio tiempo que demostraba cultura, asumía una permanente actitud de alarma intelectual. No era posible que anduviese por allí otro que estuviera en capacidad de glosarle sus conocimientos. En la relación desabrida de sus viajes se hallan constancias que denuncian la utilidad de la táctica. Sirvióle de mucho el extenso conocimiento del idioma francés, y la maestría con que lo manejaba. Pues tal era el complemento de su insuperable condición de conversador insigne: la facilidad para aprender idiomas.

Miranda reunía en sí todos los atributos para la plática seductora: bella figura, voz vibrante, acento enérgico, imaginación activa y, sobre todo, singular aprovechamiento del instante para deleitar a los oyentes. Del hilo de oro de su palabra embrujadora pendían como mariposas, las mujeres que se le acercaban, los hombres que le circuían, las muchedumbres que le rodeaban. Por eso no exageran los que repiten con él las mil aventurillas románticas y desvergonzadas que se multiplican dentro de su voluminoso archivo.

Las cartas de recomendación, que sin cesar reclamaba el aventurero audaz, abundan en elogios para esa rebotante capacidad de transmitir sus conocimientos e impresiones por el intermedio de la palabra. Un norteamericano, Salomón Halling, le escribe a otro personaje de influencias: "Solicito el favor de sus atenciones para el portador Don Miranda, caballero español y coronel en servicio, a quien, no dudo, usted catalogará entre los más agradables de esos extranjeros con quienes usted se ha relacionado no sólo por sus modales, sino por su muy entretenida conversación" (1).

El General John Skey Eustace, grande amigo de Miranda en 1783 y enemigo irreconciliable varios años después, se lamentaba de alejarse

(1) Archivo del General Miranda, volumen V, página 245.

de América con rumbo a Europa, privándose del extraordinario goce que le procuraba su conversación y compañía (1).

Una vez el hábil dibujante sueco Martin, envió a la exposición artística de Bath, Inglaterra, una colección de cartones. Mas, como siempre ha sido preciso que persona de buena labia explique e interprete la intención del artista, para que no se pierda mucho del esfuerzo realizado, Martin le escribió a Miranda suplicándole que asumiese su representación para cualquier emergencia que sobreviniese durante el certamen: "He remitido algunos cuadros a la exposición. Si algún mérito encuentra usted en ellos, sírvase recomendarlos a sus amigos, y haga que su habitual elocuencia cuando se expresa de un artista favorito, deje sonar la trompeta de oro de la fama, para que su eco no la entregue al olvido".

En otra ocasión invitaron a Miranda y a Joseph Garray, girondino, a comer en casa del alcalde de París. Garray tenía un resentimiento justo con el Alcalde, por percances de la política revolucionaria, y por tal motivo se excusó de asistir a la comida. Sin embargo, para que Miranda no fuese a tomar la excusa como un desaire para él, le escribió una esquela en que le manifestaba que lo que más deploraba era no participar del regocijo de su interesante conversación (2).

Mas, su mayor prestigio se conoció y cateó entre las mujeres. La imaginación de ellas, caldeada por las frases de Miranda y por el vigor expansivo de su figura gallarda, lograba resultados que se superaban momento por momento. Dice el proverbio latino que la fortuna ayuda a los audaces; pero la experiencia demuestra que no hay audaces, si antes no fueron locuaces. La verba es la razón de ser de muchas famas. Sin ella los políticos no llegarían a las posiciones que les reservan las muchedumbres; ni el curandero abriría campo extenso a sus untos y bebedizos; ni el gitano haría ver en el jamelgo desvaído el bridón piafante digno de los torneos medioevales. Y cuando la música de la palabra ronda entre la concha sonrosada del oído de la mujer, el juicio se transtorna, y el mundo se sale de quicio. La señora Julia Buttler, madre de la bellísima Madame de Cessac, le escribía a Miranda con vano alarde de coquetería, imperdonable en una vieja: "Mi hija habla sin cesar del espíritu de usted. En fin, asegura ella que el lenguaje seductor de usted hacer perder la cabeza de quien le parezca. Que sea feliz, amable joven, y que se aproveche de cuanta opasión se le presente; sea discreto, y no se arriesgue desde el primer instante" (3).

Y no era sólo en el plano de la charla íntima donde Miranda se mostraba dominador y temible. En el círculo de la disertación política era igualmente apasionado. J. M. Roland, compañero de andanzas revolucionarias en Francia, refiere el ímpetu con que el errabundo americano declaraba su repugnancia por los crueles caudillos del jacobinismo: "Cuan-

(1) Archivo del General Miranda, volumen V, página 249.

(2) Archivo del General Miranda, volumen VI, página 188.

(3) Archivo del General Miranda, volumen XIII, página XXV.

do hablaba de los Robespierre, de los Danton, de los Collot, de los Barrère, de los Villaud y otros fundadores del régimen revolucionario, su lenguaje era pintoresco de cólera e indignación. Si sucedía alguna vez que yo entreviera algún rayo de esperanza de encontrar buenas intenciones en algunas medidas de ese gobierno, Miranda no perdonaba mis sentimientos; me trataba de esclavo, de complaciente, de soporte de la tiranía, y me abrumaba con mil epítetos que no me dejaban dudar de su adhesión a la libertad y a los gobiernos que la protegen".

No hay duda de que el embaucamiento que Miranda realizó en la Corte de Catalina de Rusia, dependió de la patética descripción de los tormentos que usaban los frailes del Santo Oficio; de la pintura de las llamas voraces que se desprendían como lenguas asoladoras de los leños impregnados de grasas, y suspiraban por consumir las carnes rebeldes; del relato de las maravillas heroicas ejecutadas por él en las muchas guerras en que había intervenido; de la suma de sacrificios que debió hacer para conservar el título de Conde con que se presentaba ante la absorta multitud de cancilleres, ministros, y consejeros de la Emperatriz.

Ocasiones hubo en que, como las epidemias, el hechizo parlante de Miranda se apoderó de toda una familia, inclusive del preceptor. La enamoradiza viuda del general Custine dice en una de las muchas cartas que se legajan en el Archivo, fechada el 3 de enero de 1802: "Espero, pues, que volveremos a vernos, y que pasaremos todavía juntos aquellos gratísimos instantes que, gracias a la elocuencia de usted, no se borran nunca, y perduran así en la mente, como en el corazón. Dice mi madre que ella sería capaz de escucharle un día entero. Mi hijo y su dilecto preceptor se unen a su recuerdo, y están al unísono con la familia en lo tocante a usted" (1).

No hay prueba alguna de la sabiduría de Miranda en el océano de documentos que detallan los azares de su vida. Pero la experiencia ha demostrado siempre que la sensibilidad de los hombres no reacciona por la vía del razonamiento, sino por el alambre de la pasión convertida en palabra. Por este aspecto la fortuna del general Miranda le acompañó con envidable consecuencia y constancia. Hay memoria de que en el recinto de un tribunal compuesto por hombres depravados y crueles, y urgido por una barra atestada de la hez parisiense, hizo llorar con su patética exposición a la gente que allí le escuchaba. Fue así como consiguió su completa absolución y el reconocimiento de los servicios prestados a la nación francesa. En una carta del Capitán de Vaux, fechada en mayo de 1793, obra el testimonio exacto: "Usted se vindicó de la manera más honorable y conmovedora. Hizo llorar a sus jueces, a los jurados y a todo el auditorio. Hé ahí un triunfo que le faltaba y que le era debido" (2).

Engreído con su virtud platicadora, el paseante no desdén la oportunidad de estampar sus pequeños triunfos en el desgarrado apunte día-

(1) Archivo del General Miranda, volumen XIII, página 276.

(2) Archivo del General Miranda, volumen XII, página 72.

rio. Refiere que, hallándose el 30 de diciembre de 1787, en casa de la familia Schemelmann, en Charlottenburg, Dinamarca, disfrutando de una elegante cena, a la que había concurrido muchos invitados, les habló tan animada y pintorescamente de Grecia y Turquía, y de modo muy detenido acerca de Constantinopla, "que se quedaron absortos y me confesaron —añade— que si encontrasen un balón que los llevara, se embarcarían en el momento para ir a verla". Se advierte que los embobados contertulios deliraban también con el viaje aéreo en un globo de los hermanos Montgolfier, cima de todas las aspiraciones emocionales de aquel tiempo.

Dos noches después, el primero de enero de 1788, se reunió el cuerpo diplomático, no dice en casa de quién. Miranda asistió también. Allí habló en francés, en italiano, en inglés y en español, según fuese el corrillo al cual apuntase su sabrosa frivolidad. De lo que aparece en el archivo, todas aquellas lenguas las manejaba como Dios le permitía. Del español mejor sería no hacer comentario, si no fuese por la vanidad del héroe, quien, narrando las ocurrencias de esa velada elegante, agrega: "Después de cenar vino a mí Souza (Conde de Souza, ministro de Portugal), su mujer, etc., y hablamos de Constantinopla; y después en español; me concedió Souza que nunca había oído hablar así el español; y que si la mayor parte lo hablasen de la misma manera, no tendría dificultad en conceder a la lengua castellana la superioridad sobre la portuguesa, que no es poco triunfo" (1). Muy mal debió bailar la mona para que el rollizo cerdo de la aplaudiese. Si idioma de Castilla se llama lo que escribía el viajero filósofo, no sé cómo se llamará de entonces hacia atrás, lo que hablaron Cervantes, Lope, Quevedo y los Luises.

Cuando en 1790 se dirigió al ministro William Pitt para tratar lo relativo a la insurrección de las colonias españolas en América, y remitirle algunos documentos informativos, Miranda prevenía que éstos iban redactados en español "por ser la única lengua que escribo con alguna corrección".

En una época en que la más encendida cólera agitaba las tribunas, las cátedras y las páginas de los libros contra el Tribunal del Santo Oficio que, desde hacía varios siglos, funcionaba en el reino de Fernandos y Felipes, era tema propicio para hacer prosperar una idea en países no católicos, la revelación de que así la idea como sus apóstoles constituían el objeto de una persecución implacable en tierras regidas por la corona española, en cumplimiento de ordenanzas y pragmáticas reglamentaciones de los fueros de la severa Inquisición. La mercancía de fabricación pobre o defectuosa hallaba mercado entre protestantes con la sola propaganda de que los frailes inquisidores no ahorran medios para perder a los que la manufacturaban, ya porque fuesen infieles, ya porque se negaban a pagar los diezmos y primicias de la Iglesia de su lugar.

Nadie puede negar que a la sombra del pensamiento defensivo de la Inquisición se cometieron atropellos y crueldades que la misma Iglesia ha lamentado muchas veces. Pero los enciclopedistas y filósofos del siglo XVIII

(1) Archivo del General Miranda, volumen III, página 112.

en nada probaron tanto su porfía como en levantar la indignación y la protesta populares contra todo lo que derivase su existencia de las prácticas o normas del Santo Oficio. Las galas de la oratoria y los dones egregios de la pluma se enajenaron entre las contorsiones de un arrebatado producido por el recuerdo de los rigores atribuidos a Fray Tomás de Torquemada: las hogueras en los patios de los conventos, la chamusquina de herejes, moros y luteranos, los potros de tormento para afligir a los blasfemos, los ríos de sangre que corrían por las callejas de Córdoba y Toledo para escarmiento de impenitentes y sacrílegos. Toda esa literatura atiborrada de alaridos, lágrimas y vociferaciones contra los inquisidores de España, sirvió a Miranda eficazmente para preparar el camino de sus aventuras y jaranas.

No podemos señalar precisamente el instante en que Miranda se valió del ardid inquisitorial para empezar a producir los resultados apetecidos. Su biógrafo William Spence Robertson, profesor de historia de la Universidad de Illinois, afirma que fue en una solicitud extensa dirigida al rey de España y fechada el 10 de abril de 1785, donde por vez primera mencionó la Inquisición, como la determinante de su arresto en las Antillas. Sin embargo, al repasar aquella dilatada representación no se encuentra cita o referencia al Santo Oficio. Allí no se halla sino la constancia de que en su opinión la trama de las acusaciones contra Miranda había sido obra exclusiva del obispo Echeverría, de la Habana: "Yo tengo, sin embargo, —dice—, probabilidad de que todo fue tramado por este prelado intrigante y bullicioso, originado en que nunca me presté a su contemplación, y le rechazaba ridículos, perniciosos y absurdos, que en varias ocasiones pretendió insinuarme, y no quise aceptarle" (1).

Empero por el diario de Mr. Stiles, rector de la Universidad de Yale, se sabe que el año anterior, en julio de 1784, estuvo el caraqueño visitando ese famoso instituto, y al manifestarse satisfecho y complacido de los progresos conseguidos en la enseñanza en el país, declaró que bajo el régimen bochornoso y humillante del Santo Oficio español, la instrucción pública de los pueblos coloniales, como Méjico y Venezuela, era un real ludibrio para la humanidad pensante. Al lado de exageraciones lisonjeras para los oídos de un pastor presbiteriano y rector de la célebre Universidad, deslizó algunas informaciones inexactas, como la de que estudió un año más de derecho en un colegio superior de la ciudad de Méjico, y que no pudo continuar viviendo en ese medio por no haber gentes cultas con quienes tratar. Datos ingenuos o maliciosos que no perseguían otro fin que ganarse la confianza de los fanáticos ministros y profesores protestantes, mediante el descrédito de aquello que debía estar unido a su sangre y a su espíritu con vínculos vigorosos.

Después de esto no volvemos a dar con referencia alguna al monstruo de fuego que le perseguía. Pero ni una palabra de Miranda iustra ese temor. Mucho menos documento que autorice siquiera una débil probabilidad de que el Tribunal de la Inquisición estuviese pendiente de las marchas y contramarchas del astuto aventurero.

(1) Archivo del General Miranda, volumen V, página 146.

Fue en Rusia, en 1787, cuando la versión del riesgo que Miranda corría de ser quemado en presencia de un coro lúgubre de frailes dominicos, tomó proporciones de acontecimiento social. Nadie conocía el origen de la especie; pero no había salón o asamblea donde no se conversase del tema aterrador: Un joven apuesto, gallardo, de inteligencia brillante, de verbo arrebatador, conde y coronel por añadidura, convertido en un chicharrón indescriptible. Cuenta Miranda, con su lenguaje primitivo y lamentable, que el Viernes Santo, hallándose la Emperatriz en los oficios litúrgicos correspondientes al día negro de la Pasión, y encontrándose Miranda en el mismo sagrado recinto, observó que Catalina llamó hacia su esplendoroso dosel, al ministro Mamonow, para suplicarle un encargo del momento. Grande interés tendría la eventual misión, cuando se confería mientras un prelado pronunciaba el sermón de la desclavación. La concurrencia debió estar pendiente de lo que la arrogante aristócrata ordenaba a su ministro. Acaso algún mensaje con un secreto de Estado del lado de Polonia. Quizás el olvido de alguna recomendación para el príncipe Potemkin. Fue después cuando se supo, por el diario del perseguido "conde" español, que, durante la prédica, el pensamiento de la Emperatriz vagaba sobre las llamas crepitantes de la Inquisición. No corresponde la grandeza de la preocupación imperial con la cursilería que aquella misma tarde escribió Miranda en su libro de apuntes: "Durante dicho sermón llamó la Emperatriz a monsieur de Mamonow, y me mandó a decir que no tomase la fiesta *tout à fait* por un auto de fe de su parte... palabras bien significativas de su noble modo de pensar" (1).

Se ve, a través de esta preocupación de Catalina, que las argucias del "conde" don Francisco comenzaban a producir los efectos deseados. Además, como entre el cortejo palatino se propagó la intimidación del encargo hecho de Mamonow, la posibilidad de que Miranda rematase su existencia en un corral del Santo Oficio, chamuscado, con las coyunturas quebrantadas, con la lengua arrancada de raíz, constituyó el tema preferido de las charlas y confidencias en los salones de Kiev y Petersburgo.

La patraña de la persecución del Tribunal del Santo Oficio no fue el único móvil del apoyo generoso dispensado por Catalina la Grande. Apenas fue un pretexto para que se le creyese fugitivo de la patria cruel, y se diese crédito a cuanta absurda hazaña se le ocurriese narrar para crear en la fantasía de las ocas cortesanas el mito del héroe maravilloso. A mi parecer, Jorge Ricardo Vejarano apunta con relativa precisión el tiempo y lugar donde quizá surgió la posibilidad de que el andariego militar prestase un buen servicio a Rusia. Hallábase en Turquía sin pensar en proseguir su marcha hacia las estepas eslavas, sino en regresar al occidente para concluir sus andanzas en Italia. Una noche fue invitado a cierta fiesta mundana de gentes elegantes, entre las cuales se hallaba el embajador ruso Boulakhoff, con quien allí tuvo una larga conversación, dejando de lado los atractivos de aquella regia orgía. Hé aquí la opinión de Vejarano: "Es fácil presumir sobre qué hablaron, pues el caraqueño venía de Inglaterra, cuyos hombres y política conocía a fondo,

(1) Archivo del General Miranda, volumen II, página 294.

y el diplomático ruso representaba a un país que estaba mostrándole los dientes a la temida Albión. Y este viajero extraño y culto era de un valor informativo inapreciable. Y Miranda se va para Rusia. Aquel país, que señalamos hoy con dedo trémulo, estaba entonces, en los lindes del mundo conocido y sus tétricas leyendas no invitaban en verdad a visitarlo. Pero el caraqueño no lo temía. Separa sus pasajes y el 9 de septiembre va a despedirse del ruso, quien me escribió —dice— con suma civilidad, dándome pasaporte suyo y cartas de representación para el general comandante de Kerson. Tan sólo Boulhakoff podría decir, si algo más recibió" (1).

MIGUEL AGUILERA,

Miembro de número de la Academia
de Historia de Colombia.

(1) La Vida Fabulosa de Miranda, página 34.